

nes presentan. La Edad de la Razón murió para siempre con el siglo pasado. Revivirla resulta anacrónico. Hay en ello una falta de humildad, una falta de asombro. Si perdemos la facultad de maravilla, perdemos también la facultad creadora. Y no podemos prever, no podemos subordinar nuestro asombro. Debemos saludarlo reverentemente cada vez que aparece. Es la única fidelidad que nos exige el arte.

Yo propongo a los que aún conservan la fe en sí mismos que no nos cobijemos en la luz artificial de una escuela, de una doctrina, de un regionalismo. Les propongo que salgamos a la intemperie, a la vasta soledad de nuestra tierra, y tengamos el valor de articular nuestra propia voz insustituible. Será una voz más perdida, más oscura, más vacilante. Pero será *la nuestra*.

JORGE EDWARDS

#### EXPERIENCIA PERSONAL Y CREACION LITERARIA

CLAUDIO GIACONI, en su trabajo leído en estas jornadas, ha descrito algunos de los caracteres de nuestra generación; ha bosquejado una imagen de lo que éramos en el año 1950, cuando comenzábamos a escribir, y ha señalado nuestro espíritu inconformista, nuestra desconfianza, nuestro escepticismo radical, que incluso nos hacía sospechoso el escepticismo demasiado explotado literariamente de nuestros predecesores. A la vez, ha intentado definir el cambio que hemos experimentado desde entonces. Para ello ha tomado pie en su experiencia literaria personal, necesariamente única. Sin embargo, su análisis me hizo sentir, en forma verdaderamente punzante, que algo paralelo, común, sucedió en todos nosotros. Me hizo pensar que inevitablemente formamos una "generación", cosa que antes me resultó difícil concebir, ya que uno de los caracteres más esenciales de nuestra actitud era, y en parte sigue siéndolo, el aislamiento, la íntima soledad. Pero esa soledad, ahora lo veo, nos hermanaba extrañamente.

Muchas veces he iniciado una novela sobre aquella época nuestra, en un esfuerzo por definirla y definirme, pero siempre, por algún motivo que no logro comprender cabalmente, he debido suspenderla. Quizás no esté libre aún, por completo, de aquel espíritu insatisfecho y burlón, y ello paralice mi trabajo. O quizás una vez que la escriba logre dejar dicho espíritu atrás, o mejor, incorporarlo, ya superado, a la suma de la experiencia personal,

Señalaría nuestra evolución desde entonces como un proceso de adaptación lenta, que ha operado mediante descubrimientos súbitos, más tarde racionalizados. Un proceso que nunca supondrá una integración completa a nuestro ambiente, ya que quedamos marcados por aquella revelación de nuestra adolescencia, en que pusimos en tela de juicio el mundo familiar y con ello el orden social entero y las palabras huecas, los pretextos solemnes y falsos.

Pero, repito, han pasado los años y hemos pasado nosotros por una lenta integración. Descubrimos, de pronto, que no todos los escritores a quienes aborrecíamos eran tan aborrecibles, que en los criollistas se encuentran páginas no deleznable y que hasta los versos de Víctor Hugo pueden leerse, a veces. Descubrimos que no es una regla absoluta aquella de que los críticos se equivoquen, pese a que casi siempre se equivocan, y que hasta nuestros padres tenían a veces la razón. Empezamos a interesarnos en los problemas de nuestro país, cosa que antes habría provocado el desdén de nuestros compañeros, y a tomar partido, aunque aparte, en la mayoría de los casos, de los partidos existentes. Y llegamos a seguir con atención los problemas y los movimientos del mundo, una vez que supimos que todo lo que sucede en el planeta nos atañe.

Nos habíamos desentendido, por ejemplo, de la literatura criollista y creíamos destruirla ignorándola y fabricando una literatura de irrealidades. Después comprendimos que la realidad de los escritores criollistas es parcial y que es preciso superarla abarcando una realidad más vasta, más profunda, y a la vez más personal y cotidiana.

En mi caso, el afianzamiento de la vocación literaria coincidió con un descubrimiento de las posibilidades de la literatura para describir los diversos aspectos de la realidad. Yo nací en Santiago y he vivido toda mi vida en Santiago. Conozco poco el campo. No tenía, por tanto, la menor posibilidad de seguir la corriente del costumbrismo local. Me sentía ajeno, también, a los mandragoristas, creacionistas y vanguardistas de toda clase y era incapaz de seguirlos en sus malabarismos imaginativos y verbales. Por exclusión, quedaba obligado a escribir vagos poemas rilkeanos o nerudianos, que me dejaban un sentimiento doloroso de frustración y de incapacidad. Un día se me ocurrió narrar escenas que viví o que pude haber vivido, escenas menudas, externamente insignificantes, pero que para mí tenían un significado y un dramatismo peculiares. En ese instante, sentí por primera vez el placer de escribir y vi que el trabajo literario puede ser tan fácil y natural como la respiración. Esto significaba un encuentro

con mi realidad, es decir, con *la* realidad, siempre subjetiva. Creo que todos o casi todos mis compañeros de generación tuvieron un instante parecido. Después de él, nuestra tarea será ampliar y enriquecer paulatinamente nuestro trabajo, a medida que crezca nuestra experiencia humana. Sería lo mismo decir: ensanchar nuestra conciencia, sirviéndonos de ese instrumento particular y único de conocimiento que es la labor creadora. Esto, dado que somos escritores y pensando en la necesaria, vital comunicación del escritor con el público, debería traducirse en alguna medida, en un ensanchamiento de la conciencia de nuestro país.

CLAUDIO GIACONI

### UNA EXPERIENCIA LITERARIA

DEFINIR nuestra posición de nuevos escritores chilenos supone necesariamente un vistazo, aunque somero, a la generación inmediatamente anterior.

Antes de 1950, los nuevos escritores —algunos ya populares hoy día— eran aún seres anónimos. A falta de una ocupación más interesante, vivíamos entregados a una bohemia frenética y desesperada. Eramos un conjunto de jóvenes reunidos por el azar: el pintor Carlos Faz, muerto trágicamente a los 22 años; el poeta Enrique Lihn, el mimo Jodorowsky, hoy en Francia; Lafourcade, la pintora Carmen Silva —nuestra musa—, Jorge Edwards, María Eugenia Sanhueza, el poeta Alberto Rubio... Bebíamos en las fuentes de la filosofía sartreana y, aunque no adoptábamos las formas exteriores de un existencialismo de *music-hall*, en privado dábamos pábulo por nuestras actitudes frente al medio social. Nos preparábamos, sin saber claramente para qué, en medio de torturas íntimas; pugnábamos por salir, por hacer oír nuestras voces. De vez en cuando, figuraban nuestros nombres en alguna publicación de escasa resonancia, y siempre relacionados más bien con algún aspecto de escándalo que de verdadero valor cultural. Los escritores más jóvenes en ese momento eran Francisco Coloane, Oscar Castro, Nicomedes Guzmán. Contaban con una vasta masa de lectores. Al no encontrar en ellos rasgos afines, nos sentíamos condenados a un aislamiento irremediable. Nuestros predecesores no se andaban con tantas dudas; iban recto al grano, a fines más o menos concretos: se orientaban hacia el campo social, hacia un esteticismo criollista o hacia la exaltación de valores vitales. En muy escasa medida dábamos visto bueno a aquella literatura; en todo caso,